

BOLETIN  
DE  
LITERATURA ARGENTINA  
Facultad de Filosofía y Humanidades

Director

NOÉ JITRIK

Redacción

NOÉ JITRIK, CARLOS R. GIORDANO, HÉCTOR N. SCHMUELER

Secretario de Redacción

NILDA DEL V. PALACIOS

AÑO 1 — Nº 2

AGOSTO DE 1966

CORDOBA

## SOLEDAD Y URBANIDAD

### *Ensayo sobre la adaptación del romanticismo en la Argentina*

El 14 de abril de 1927, Arturo Farinelli dio una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires sobre *Byron y el Byronismo en la Argentina* (1). El trabajo es un minucioso y elegante recuento de la influencia del poeta inglés sobre nuestro romanticismo y post-romanticismo. Lo que más interesa —el artículo, por cierto es académico— es la insinuación de que Byron había logrado sintetizar, en su poesía y en su poética vida, elementos que parecen contradecirse, necesidades espirituales que nos parecen contrapuestas. Por eso, su lectura no carece de sugerencias para comprender algunas actitudes de nuestra generación de 1837, sobre la que Byron influyó tanto. En particular, creo que, a través de la mencionada síntesis byroniana, aparece clara la a veces extraña, por no decir contradictoria, convivencia de elementos disímiles, a menudo opuestos, que pueden registrarse en la obra y en la conducta de sus componentes. La convivencia que me parece más evidente y que quizá haya desnivelado la balanza de méritos de la Joven Argentina en favor de lo socio-político y en detrimento de lo literario, es la de lo culto y lo salvaje, del progresismo y lo primitivo, de la "urbanidad" y el nacionalismo (2).

(1) Revista *Logos*, Año III, Nº V, 1944, Buenos Aires.

(2) Registramos la convivencia de elementos tomando obras de distinto carácter, a veces de distinto autor o, en la mayor parte de los casos, dentro de una misma obra.

Parece ya evidente, por otra parte, que la revelación literaria que se debe a Echeverría y sus amigos es de lejos más importante en el terreno de las posibilidades temáticas y estilísticas que en el de las realizaciones mismas. En cambio, en cuanto hombres lanzados a la acción, es bien sabido que llegaron a constituir un pensamiento coherente —con mayor o menor proporción de préstamos foráneos— y aún un grupo que finalmente triunfó hasta el punto de dirigir el país, sin desvirtuarse mucho, por espacio de por lo menos veinte años.

La contradicción a que hice referencia a veces resulta flagrante en nuestros románticos, tanto que uno se pregunta cómo es que no les trabó el movimiento ni les impidió hacer las formulaciones que hicieron y que tuvieron, ciertamente, una gran fortuna. Además, cabe preguntarse si la forma de resolución de los términos contradictorios se dio en la Argentina según las pautas del maestro Byron o bien si tuvo un carácter singular y propio. Trataré de esbozar una interpretación de dicha convivencia en los románticos argentinos y de explicar cómo pudo resolverse en formas prácticas de acción; formularé, simultáneamente, las respuestas a esas dos importantes preguntas, las cuales constituirán, por cierto, un esquema de explicación del romanticismo argentino o, mejor dicho, de la adaptación que a las peculiaridades del medio hicieron del romanticismo francés Esteban Echeverría y sus discípulos y acólitos. En el fondo, mi planteo responde a ese objetivo, nunca del todo claramente elucidado y sobre el cual existe una polémica ya histórica (3).

(3) EMILIO CARILLA es uno de los últimos críticos que señala la falta de originalidad de Echeverría. *Las ideas estéticas de Echeverría*, Revista de Educación, Año III, N° 1, 1958, La Plata. En cambio, ALBERTO PALCOS defiende denodadamente (*Historia de Echeverría*, Emecé, 1960) la original adaptación que del romanticismo hiciera Echeverría. Antes que el primero, GROUSSAC se quejó malhumoradamente de la escasa originalidad del poeta mientras que, en apoyo de PALCOS, se puede citar a JUAN MARÍA GUTIÉRREZ. Los impugnadores sostienen que no hubo adaptación sino aplicación mecánica de fórmulas consabidas; los defensores, que hubo un plástico adecuamiento de la doctrina a las necesidades reales del país.

Farinelli dice, en un momento de su trabajo: "Y si durante un tiempo aquí en la Argentina se tuvo una predilección viva por Byron, por cierto que se pensaba en el ideal byroniano de una tierra virgen, libre de las desventajas de la civilización, de acuerdo con la realidad de las grandes y libres y silvestres expansiones de la propia tierra, la tierra de las "pampas" interminables, en la que *Mazeppa*, el héroe byroniano, hubiese encontrado campo abierto" (4).

Parece evidente, si se admiten estas expresiones de Farinelli, esta vocación de Byron por un tipo de realidad que podría ser considerada simplemente como natural pero que, al ser connotada por elementos de contenido anticultural, implican además cierto primitivismo. Esta tendencia naturalista no es un invento del inglés según Farinelli, que se pregunta: "¿Y de Chateaubriand, el inquieto y turbulento Lord no repetía acaso el inconmensurable hastío, el inmenso disgusto frente a las cosas comunes y consuetudinarias, la insanable melancolía, la morbosa y altiva sensibilidad de un René, el amor a la naturaleza, la inclinación a los sitios esquivos, a los desiertos, a los bosques, a las amplias soledades, por las que paseaba, errabundo, desdenes y angustias y en las que sosegaba sus afanes íntimos?" (5).

Este parentesco entre Byron y Chateaubriand, —al cual se podría hacer confluír más testimonios románticos— permite suponer con algún fundamento que este particular registro de la sensibilidad romántica— el amor por el desierto, por la soledad, por los grandes espacios libres ha sido seguramente una característica del movimiento, un rasgo común a todos los grupos y generaciones, ya sea si consideramos la nacionalidad como si tenemos en cuenta distinciones cronológicas.

Byron, confirmando el punto de vista de Farinelli, quiso realmente llegar hasta América pero antes murió en Grecia, lo cual

(4) FARINELLI, op. cit., pág. 77.

(5) FARINELLI, op. cit., pág. 76.

desde el ángulo de la conexión de los poetas románticos con los espacios libres y las experiencias primitivas no constituye una variante muy grande porque Grecia, a los ojos de los románticos, contenía datos de similar valor a los que podía proporcionar América en vista de los encuentros intensos del poeta, por intermedio de la naturaleza en cualquiera de sus formas, con su sensitivo yo (6).

El hecho es que en virtud de esta tendencia ningún romántico hubiera renunciado a observar que en "las grandes extensiones, en los reinos inconmensurables de la soledad pensativa, etc. . . el hombre podría proseguir sus ensueños, abismarse en sus más íntimas honduras". Por lo menos ningún romántico de la primera hora, desde Hugo a Lamartine.

Junto a esta línea de conceptos, Farinelli, sin un análisis muy exhaustivo, indica otros rasgos del temperamento de Byron. Por ejemplo, su furor libertario: "Y así como Byron soñaba con abatir tronos y monarquías, y quería, él, tan aristocrático y atrincherado en sí mismo, el triunfo del reino de los humildes, organizaba la sociedad nueva sobre las bases de igualdad y buen entendimiento, así los mejores espíritus de la Argentina, con un pleno traslado de la práctica a la teoría entrevista, deseaban derrocar las autocracias y devolver una vida libre y democrática a las ciudades y las campañas" (7). Antes, Farinelli había dicho corroborantes palabras de la existencia de este concepto: "Podía Lord Byron, en tiempos turbios, prodigarse en atisbos y relámpagos de pasión, sacudir las cadenas para que se quebrantasen, excitar a la rebelión y a la lucha, gritar con mayor vehemencia que el mismo Schiller el odio a los tiranos y a los opresores, y vaticinar a los pueblos,

(6) LUIS JUAN GUERRERO, *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo*, Buenos Aires, 1945, pág. 22: "El paisaje nunca es mero telón de fondo, pero tampoco —aunque en el centro del drama— tiene una existencia independiente el hombre. Es, en cambio, un desdoblamiento del dolor humano: ruinas, soledad, desierto, noche misteriosa. Es la necesaria proyección exterior de un hombre que necesita esa atmósfera indefinible para su constante tortura".

(7) FARINELLI, op. cit., pág. 83.

surgidos de larga servidumbre, la edad feliz, el reino de la libertad, por fin descendido sobre la tierra" (8). Tal vez habría sido útil que Farinelli hiciera la distinción entre estos sentimientos de Byron relativos a su plan revolucionario y a las anteriormente registrada necesidad de evasión hacia la soledad. Sea como fuere, puede advertirse que estas dos líneas de valoración de Byron responden básicamente, una y otra, a los impulsos del individualismo romántico más ortodoxo. La primera encuentra en el ámbito de la naturaleza incontaminada el digno marco para la proyección, desarrollo y deleite del yo o del ser; la segunda lleva a términos de acción la misma necesidad expresiva del yo. El individualismo, que es como un punto de llegada en la conformación espiritual que ejecuta el romanticismo, se apoya en un declarado apetito por la libertad, tendencia que podemos registrar como común a las dos líneas, aunque con la diferencia de que en un caso se satisface pasivamente (primera línea), y en el otro, activamente (segunda). Si las cosas no hubieran variado a lo largo de la historia del romanticismo podríamos considerar resuelto el problema que suscita la convivencia de ambas tendencias con el argumento único de la libertad considerada como objetivo y motor, aunque desde luego que dentro del exclusivo plano de la resolución subjetiva. Quizá esta solución haya existido, pero se me ocurre que ha habido también otra de índole diferente, estructural, por decir así, vinculada con el carácter representativo de lo social que el romanticismo tuvo como lo tiene todo movimiento de ideas.

Entremos en la búsqueda de esta segunda solución a partir otra vez del bardo inglés. Byron, pese a sus parecidos con Chateaubriand ejerció una influencia muy grande sobre el romanticismo francés, quizá especialmente sobre Musset y Vigny, en los años anteriores a 1825.

A partir de estos años el movimiento entra en una vertiginosa crisis a cuyo término forzosamente se socializa, por lo menos en algunos de sus representantes; como consecuencia, empieza

(8) FARINELLI, op. cit., pág. 76.

a preguntarse por la cosa política, se inquieta por el contorno social cuyas características en lo que tienen de limitación y coacción, las extiende desde su incomodidad exquisita hasta la afligente situación de las grandes masas populares, tumultuosamente instaladas en el industrialismo voraz y por cierto que mucho más definidas como clase que en 1789<sup>(9)</sup>.

Tanto empiezan los románticos franceses a ocuparse de la cosa política y social que Hugo puede decir que "el romanticismo es el liberalismo de la literatura", sin contar con las distintas formulaciones del socialismo romántico que, en su conjunto, conforman una utopía social completa. Hay que recordar que el Saint-Simonismo, por ejemplo, tuvo por adeptos a George Sand y Sainte-Beuve que cantaron a los humildes y prepararon, en la parte que les correspondió, el clima para la revolución ultra-romántica de 1830. Finalmente, el otro hecho corroborativo de esta sensibilidad de los románticos por lo político-social es la presidencia de la República otorgada a Alphonse de Lamartine, romántico de la primera hora, en 1848.<sup>(10)</sup>

El movimiento se hace reformista en Francia precisamente en la época en que en Alemania todo buen romántico era ya completamente reaccionario<sup>(11)</sup>. Este corte histórico sobre el estado del romanticismo en ambos países permite ver que los términos siempre han estado invertidos y que el movimiento fue adoptado

(9) PIERRE MARTINO, *Parnaso y Simbolismo*, El Ateneo, 1948.

(10) La Revolución de 1848 significa la liquidación definitiva del romanticismo, luego del proceso puesto en evidencia en 1830, fecha de triunfo y de crisis total del movimiento. En 1848 se pierden para siempre varias cosas; en política, por ejemplo, la burguesía abandona viejas ilusiones, viejas inocencias y resuelve engrandecerse; por otra parte, en respuesta, el utopismo sufre un golpe de muerte con la aparición de la salida marxista; en la poesía, se está en la perfección y dureza parnasiana mientras que es ya indudable que el realismo es el método moderno para la triunfante novela; el idealismo herderiano es derrotado por Comte por medio de su Filosofía Positiva mientras que, en un sentido general, la actitud frente a la vida característica de los años iniciales es aniquilada y deja paso a otra, más en consonancia con las nuevas apetencias espirituales.

(11) ARNOLD HAUSER, *Historia social de la literatura y el Arte*, Guadarrama, Madrid, 1960, t. II, pág. 905. Cita de Fritz Strich, *Die romantik als europäische Bewegung*, en Wölfflin - Festschrift, 1924, 54.

por razones muy diferentes: surgido en Alemania de la reacción anticortesana y por ello progresista de la burguesía, el romanticismo es asumido por los nobles emigrados franceses, a quienes les viene bien, por su condición de desterrados, de la cual la soledad junto con otros rasgos románticos es un signo seductor e irrenunciable. Luego, mientras en Francia se liberaliza, como volviendo a los orígenes alemanes, en Alemania se particulariza renunciando a los contenidos políticos iniciales, en favor de los elementos irracionalistas que terminan por predominar. En el fondo, la variante depende de la relación de los dos movimientos con sus respectivas burguesías y de la situación de éstas en sus países en el mismo instante<sup>(12)</sup>.

El hecho es que en el romanticismo francés se confirma el impulso progresista y reformador hasta el punto de convertirse en la doctrina y la filosofía de fondo que inspira a los revolucionarios de 1830 y de necesitar la reivindicación de las palabras iniciales de 1789, lo cual tendrá cierta importancia en relación con los hechos que entraremos a considerar. Conviene aclarar que la Revolución de 1789 no fue realmente un acto romántico sino el desencadenante o la apertura para que el Romanticismo se incorporara. Básicamente, es una consecuencia del anterior iluminismo, contra el cual los primeros románticos alemanes se levantaron tan apasionadamente. Estas vinculaciones ideológicas complican un tanto la comprensión de las doctrinas pero también permiten considerar y explicar contradicciones. Los "Derechos del Hombre", por ejemplo, tan invocados y defendidos por el romanticismo de 1830, así como por nuestra generación de 1837, provienen directamente del empirismo lockiano derivativo del racionalismo europeo<sup>(13)</sup>.

El iluminismo fue, por cierto, el instrumento de que se sirvió ideológicamente la burguesía europea para emanciparse, aunque fuera el pensamiento característico de la nobleza. Quizá lo que

(12) ARNOLD HAUSER, op. cit., hace un exhaustivo análisis de estas relaciones.

(13) LUIS JUAN GUERRERO, *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo*, 1946, pág. 14, 15 y 16.

aprovechó la burguesía no fue la ideología en su conjunto sino tan sólo sus contradicciones. Estas, además, forman el plan de la burguesía en ascenso, sin que olvide sus iniciales reacciones anti-racionalistas, a las cuales da curso gradualmente más a medida que empieza a protagonizar el proceso histórico. Por eso, aunque se perfila en distintos y alternativos momentos su antirracionalismo, no hay que creer que se haya desprendido en absoluto de elementos provenientes del racionalismo. Al contrario, conservó algunos que adaptó a necesidades mentales nuevas, a una nueva concepción de la sociedad, tal como ocurrió con los Derechos del Hombre para seguir en el ejemplo precedente.

Concebidos éstos como resultante de una determinada idea del individuo, el empirismo o el sensualismo, cambian de sentido o finalidad al modificarse el contexto en el cual se insertan.

En suma, que la veta progresista del romanticismo francés que, como hemos visto, se encuentra embrionaria o lateralmente en Byron, procede del Iluminismo habiéndose modificado por el contacto del resto de los argumentos románticos pero no hasta el punto de liquidar la extrañeza que suscita su convivencia con modos más rudos de ubicar al individuo en relación con su solaz o sus posibilidades de felicidad.

Pero, ¿cómo ejercitan los románticos esa dual conducta? Ya hemos visto cómo es para Byron: por un lado, "el ideal de la tierra vírgen, libre de las desventajas de la civilización"; por otro, "la edad feliz para los pueblos, libres de tiranos y de opresores".

Por cierto que al aristocrático Chateaubriand o a Madame de Staël no se les hubiera ocurrido ni siquiera pensar en esta segunda alternativa o, por lo menos, no se les ocurrió. Lo que ellos están permanentemente buscando es un marco adecuado al florecimiento de su espíritu, al nacimiento histórico del yo, no tanto por medio de la acción como por un sistema de reconocimientos dentro del cual el principal recurso es la proyección del individuo en la naturaleza.

Pero en Byron, tal como lo enseña Farinelli, hay una contradicción aguda que trataremos de precisar y luego explicar. ¿En qué

puede consistir la "edad feliz para los pueblos, libres de tiranos y opresores?". ¿Será, tal vez, en la realización de ese "ideal de la tierra vírgen, libre de las desventajas de la civilización?". ¿Pero no es acaso el tirano una prueba de la falta de civilización, o, por lo menos de la poca fuerza cultural de un pueblo? Los términos son, evidentemente antitéticos, por menos sociológicamente que se los considere.

De este modo, tales tierras vírgenes, tan soñadas y anheladas, que pueden serlo o seguir siéndolo justamente porque así resulta de la falta de civilización y —consecuencia inmediata— de la existencia de tiranos, tiranuelos y otros déspotas, perderían su carácter máspreciado para la contemplación superior del espíritu si los pueblos, en esa perspectiva byroniana, llegaran a conocer la "edad feliz", tal como está más arriba formulada.

Es bastante evidente que las diversas fases de la actitud byroniana, que nosotros señalamos como contradictorias, están articuladas en torno a un concepto de cultura que si no es totalmente irracional por lo menos es lo suficientemente arbitrario como para que siendo un ideal a obtener en un caso sea lo que hay que desdeñar en el otro.

Por otra parte, si recordamos a propósito la evolución mística y reaccionaria del romanticismo alemán y las indecisiones regresivas de poetas como Alfredo de Musset<sup>(14)</sup>, podríamos concluir que la idea de la cultura como instrumento para llegar a la libertad, insinuada en la expresión "edad feliz", no fue vivida con exagerada profundidad o por lo menos coherencia por los románticos.

Parece ser, por el contrario, que la utilizaron preferentemente en un sentido restringido, útil no obstante para golpear desde un castillete espiritual contra el filisteísmo burgués, como signo de una distinción que inclusive, y también, podía discernirse, con mayor o menor buena fe, en beneficio de algo o alguien diferente del imperioso capricho del yo.

(14) ARNOLD HAUSER, op. cit., pág. 919.

¿Contradicción o inconsecuencia? ¿O poco análisis crítico, en la conciencia y la expresión de sus voceros, sobre los datos que sirvieron para constituir el romanticismo? Por otra parte, vienen a corroborar esta convivencia elementos de naturaleza formal. En este sentido puede decirse que la ruptura con el clasicismo no fue, como puede superficialmente creerse, y como suele afirmarse corrientemente, tan abisal. Se dice con frecuencia que los románticos se levantaron contra el formalismo neoclásico hasta la rebelión, que hubo verdaderas batallas. El sentido de todas las anécdotas no puede ser tomado en absoluto. Es cierto que hubo violencia contra ciertas normas anticuadas, que algunos "tics" del desvinculado neoclasicismo podían molestar, pero no hubo una derrota del concepto mismo del arte; los románticos no se inclinaron por el balbuceo infantil, o por las formas irredentas del arte tribal africano. Muy por el contrario, se instalaron en la tradición europea en un primer momento incluso con petulancia y prosiguieron desde allí una vieja línea que tiene como base el concepto de la racionalidad de las proporciones, la voluntad de impresionar la materia que luego de eso será artística, y, por cierto, una confianza en las posibilidades del arte de expresar la realidad, lo cual implica una afirmación de la realidad, rasgo que, según Hauser, caracteriza a todo el arte europeo hasta comienzos de este siglo, impresionismo incluido. En la continuidad de la práctica del arte, que se expresará sobre todo en la discusión sobre la vigencia de las normas, hay una voluntad bastante reconocible de no renunciar a uno de los rasgos más característicos de lo europeo, de lo civilizado, de lo culto, que es la racionalidad. ¿Qué sentido tiene entonces esa devoción por lo primitivo y lo salvaje? Por de pronto, creo que no implica forzosamente una entrega a formas de vida que niegan todo aquello, sino tan sólo, y a lo sumo, una manera de estimularse colectivamente los fatigados nervios, y, a la vez, la posibilidad de disponer de un espectáculo que no debe modificarse porque al tiempo que provee la zona en que puede reconocerse metafóricamente el yo, proporciona un solaz ininterrumpido, una vacación permanente para espíritus que tienen tareas

serias, compromisos fundamentales en otras partes que no son desde luego los desiertos, las grandes extensiones, el ideal, en fin, de la tierra vírgen de que hablaba Farinelli.

¿Qué son estas tareas y estos compromisos? Algunos románticos como Hugo o Lamartine, pero fundamentalmente gente como Mazzini o Leroux o el mismo Saint-Simon, sintieron que les correspondía tomar a su cargo grandes y graves responsabilidades para con sus países: iniciar y defender la reforma política, sostener la igualdad social, elevar la educación de las masas, eliminar los privilegios, etc. El movimiento literario y unificador italiano se cumple bajo esos postulados; frente a la torpeza española, no es otro el programa que defiende Larra y en el que se inspirarán algunos argentinos. Se descuenta la importancia de esta misión. El primitivismo, en consecuencia, debía ser sentido en primer lugar como una zona residual y por lo tanto como una realidad estática, luego, como un ámbito cuya importancia histórica era necesariamente secundaria, finalmente, como el sector del mundo en el cual debían radicarse tan sólo algunos apetitos espirituales pero no todos ni los civilmente esenciales. Realidad estática, para los románticos así debía seguir siéndolo, del mismo modo que solemos desear por ejemplo, cada uno de nosotros, que cierto pueblecito perdido en las montañas y que nos descubrió cuando lo conocimos el encanto de los siglos y la sugerente pátina de la perduración, no sea perturbado por edificios modernos o formas de vida que entendemos son propias de otros ámbitos. Nos aterrarnos al ver las motonetas destruyendo el silencio de Yavi o de Aimogasta.

Una pregunta surge frente a esta argumentación: ¿por qué esta contradicción no actuó de manera inmovilizante impidiendo no sólo la expresión literaria sino aun el fervor civil? Bien pudo haberse producido la parálisis, pero los hechos demuestran que tal cosa no ocurrió y que, por el contrario, la contradicción fue trascendida, quizá confusamente, pero siempre en forma útil, además de no impedir ni coartar nada. Es evidente que tanto en el terreno de la literatura como en el otro campo, el de lo político-social, los románticos obtuvieron grandes logros, de indiscutible

importancia. Veamos cómo se facilita la trascendencia de los términos contradictorios, por qué vía pudo haberse realizado la síntesis que de un modo u otro se produjo.

En primer lugar, conviene reiterar el argumento apuntado más arriba de la libertad en lo subjetivo: el amor por la soledad y los grandes espacios, libres de la civilización, idea heredada de Herder, podía conciliar muy bien con un fervor por la cultura, el progreso, el arte, la justicia, en el campo de lo subjetivo, al dejarse llevar, en una y otra línea, por el mismo impulso básico de libertad, desde luego que mediante la variación de los fines buscados por cada línea. Este argumento puede haber sido sentido por sus sustentadores no sólo como tal sino también como una solución, en el supuesto de que hayan visto y sentido los contradictorios términos en los que les tocaba actuar. De tal modo, si esto es así, los románticos pudieron sentirse no demasiado trabados y actuar con eficacia, aún prácticamente, al aplicar a cada sitio la idea de la libertad que le correspondiera, o le fuera atribuida, de acuerdo con normas de definición no muy analizadas. Así, si por un lado pensaban en América o en Africa como en las "tierras vírgenes", el hecho de que en Francia preconizaran mayor cultura o fueran decididamente progresistas no los hacía sentirse inconsecuentes en modo alguno. O sea que respondían a las exigencias de libertad que suponían típicas o características de cada medio sin muchas preocupaciones acerca de la posibilidad de que el concepto de la libertad apto para un medio pudiera aplicarse a otro. En suma, no parecieron preguntarse si lo que estaba bien para Francia podía estarlo también para América u Oceanía. A esta incongruencia lleva la resolución subjetiva de la convivencia de elementos contradictorios. Por cierto que, con todas las limitaciones que la aquejan, les sirvió, si no para ser históricamente muy verdaderos y justos, por lo menos para moverse y actuar entregando temas o elementos de desarrollo aprovechables después.

Pero el argumento subjetivo no agota la cuestión. Parecería que el histórico también podría traer alguna luz sobre este problema, fundamentalmente si se lo especifica en lo económico. A

saber: el romanticismo surge como manifestación de una burguesía, la alemana, necesitada de medios propios para expresarse frente a la ideológicamente tranquila nobleza. Cuando la burguesía se hace poderosa, los románticos la abandonan a su suerte y empiezan inclusive a reaccionar en contra de ella. Es el momento en que los aristócratas franceses emigrados se conectan espiritualmente y lo introducen en Francia, cuya burguesía está por el momento en otra cosa pues tiene tan sólo el problema de ordenar su reciente poder. En ese momento, y por medio de esa tarea, llega hasta el punto de aspirar a la posesión de universales de la nobleza, por entonces renaciente después de la aventura napoleónica<sup>(15)</sup>. Pero esta actitud es deleznable, de lo cual se dan cuenta tanto los burgueses como los nobles, que, reinstalados como modelos de vida, hacen poner las cosas y las clases en su sitio. En pocas palabras, la Restauración no deja socialmente ninguna ilusión en pie. Esto trae como consecuencia que la burguesía se encabalgue francamente en la industrialización, se haga moderna y asuma los límites que le confiere su papel en el conjunto social. Los escritores románticos se alzan bastante airados contra esta seguridad burguesa, pero en el secreto fondo de sus conciencias ideológicas se someten. Puede molestarles el filisteísmo y el mal gusto pero no les queda sino agradecer a la burguesía que les permita ser los dueños de la única palabra estilísticamente vigente, liquidados ya los anticuados neoclásicos y poco fuertes todavía los "artistas" y los realistas. Este agradecimiento se traduce en una aceptación del lento proceso de interacción que se ha venido produciendo hasta el punto de que la concepción artística de Hugo, como señala Hauser, concuerda en forma cada vez más perfecta con el gusto de la burguesía dominante<sup>(16)</sup>.

Los poetas románticos, por lo tanto, ligan íntimamente su suerte a la de la burguesía de modo tal que algunos de sus registros temáticos corresponderán a realidades que, menos líricamente, la burguesía que ellos expresan tratará de imponer. Si

(15) No otra cosa es la que expresa STENDHAL en *Rojo y Negro*.

(16) ARNOLD HAUSER, op. cit., t. II, pág. 920 y sig.



dejáramos de lado las significaciones artísticas y nos quedáramos con el meollo de los elementos contradictorios señalados, veríamos que tienen una exacta traducción al lenguaje crudo con el que se maneja la burguesía. En este nivel también se da la contradicción, pero aquí la resolución es más fácil, más directa, más de orden económico también: la burguesía europea en auge, que es ya decididamente industrialista, admite, de una u otra forma, porque así lo entiende o se lo imponen sus obreros, que sus posibilidades de expansión no tienen por qué excluir ciertas mejoras sociales que afectan y benefician el conjunto humano vinculado al lugar en el que tienen ubicados los capitales<sup>(17)</sup>. Por otra parte, al precisar de mercados para colocar los productos de la industria, no puede andar con tantas consideraciones ni ceder a impulsos gratuitamente humanitarios: necesariamente se hace colonialista pues no puede soportar de esos territorios "vírgenes" dos cosas: que compren a un vecino o que fabriquen sus propios productos.

Esta estructura concordó, quizá secretamente, con el mantenimiento y resolución activa de la convivencia entre lo culto y lo salvaje en el terreno de la literatura y de la ideología, pero favoreció al mismo tiempo que los románticos se quedaran marcados por el desdoblamiento y la arbitrariedad en sus relaciones con las exigencias del exterior. Quizá es eso lo que quiere decir Baudelaire cuando en *La Fanfarlo* ridiculiza la pretensión de desconocer la implacable generalidad de los datos materiales de la realidad.

Esta explicación tal vez valga, pese a las evidentes e inevitables generalizaciones, para el romanticismo europeo. ¿Qué ocurrió entretanto en el Argentina? Penetramos ahora en lo esencial de este trabajo mediante el cual se tratará de determinar la conducta de los románticos argentinos frente a esta particularidad de la escuela, para distinguir en tal conducta las pautas de la adaptación que realmente se hizo.

(17) En *El judío errante*, folletín de EUGENIO SUE, aparece un industrial bondadoso, que tiene fábricas limpias, paga bien, es padrino de boda de sus obreros y distribuye sus mayores ganancias en obras de beneficencia.

En primer lugar, se me ocurre que los románticos argentinos pudieron sentirse tributarios de los grandes nombres de Europa, algo así como discípulos, hermanos menores, o agradecidos deudores<sup>(18)</sup>. Las citas no se les caen de la boca. Al defender a su biografiado de las acusaciones de plagio que le hicieran Groussac y otros, Alberto Palcos alude a esta manía casi adolescente de citar, prueba de respeto y admiración: "Quizá haya en el Código un número de citas mayor de las habituales en esa clase de trabajos. Es un alarde juvenil y, además, achaque de países nuevos, sin sólidas tradiciones culturales. Diríase que en ellos las propias meditaciones deben venir abonadas por las de las luminarias europeas, para que gocen de aceptación, sobre todo entre la mocedad: doble tributo pagado a los maestros de la cultura mundial y al ambiente en el cual se vive"<sup>(19)</sup>.

Esto indica la existencia de un sentimiento de deslumbramiento por la obra o el pensamiento de los maestros, lo cual, unido a las necesidades ideológicas de los discípulos, pudo crear una zona de vínculos de naturaleza casi servil. Estar en un todo con ellos, aprender de ellos pero también brindarse, en la medida de los requerimientos, para que los maestros pudieran comprobar sus teorías o bien mantener hacia ellos un respeto que pudo llegar a la enajenación ya que estaba de por medio la grandeza. Más o menos como decir: puesto que existe Mazzini, nosotros debemos contribuir a su gloria, felicitarnos de su existencia y no decir esta boca es mía; ¿qué podría importarnos nuestra contingente existencia frente a la refulgente consagración de uno de aquellos maestros y de sus necesidades? Desde luego que es exagerado suponer nuestra contingente y precaria existencia y aún que admiraran a los extranjeros hasta el desprecio por sus propias posibilidades objetivas, pero lo que sí ocurrió es que depositaron, llevando

(18) ESTEBAN ECHEVERRÍA decía: "Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece; es un fondo, si se quiere, pero no constituye una riqueza real, adquirida con el sudor de nuestro rostro, sino debida a la generosidad extranjera". *Primera Lectura en El Salón Literario*, edición de Félix Weinberg, Hachette, 1958, pág. 164.

(19) ALBERTO PALCOS, *Historia de Echeverría*, Emecé, 1960, pág. 84.

las cosas a un plano más de política general, su confianza en el prestigio — indiscutido — de lo extranjero más que en las propias fuerzas <sup>(20)</sup>.

Podría parecer abusivo e irrespetuoso este conjunto de suposiciones. En efecto, reconozco que tiene algo de exagerado, lo cual entraña, consecuentemente, el peligro de que los razonamientos que en él se apoyen carezcan de fundamentos reales. No obstante, corro el riesgo porque como hipótesis de trabajo me es útil para encontrar un punto de apoyo a los fines de determinar el grado de reproducción en nuestro país de conflictos conllevados por el romanticismo europeo. Establecida la posibilidad de relación respetuosa y servil, corresponde ajustar el concepto a sus límites históricos. En términos generales, se suele aceptar —es tal vez más un sentimiento que un juicio— que el proceso ideológico nacional es una suerte de remedo del europeo, que obra como un espejo deformante <sup>(21)</sup>. Pero en verdad no es totalmente así.

Aquí ha habido menos copia servil que una voluntad de adaptación, que un movimiento claramente expresado de adecuación de una línea de conceptos a una realidad sentida como pecu-

(20) En carta del 25 de Enero de 1839, dirigida a Alberdi, Manuel J. Quiroga Rosas dice, entre otras cosas: "En las manos de Montevideo, de Bolivia y de la Francia está la suerte de Sud América: todos sabemos que las manos francesas que nos protegen tienen tanta generosidad como acierto". *Antecedentes de la Asociación de Mayo* (1837-1937) publicación del H. Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1937, pág. 123.

(21) ALBERTO PALCOS, op. cit., pág. 81: "... recae sobre el Código una sanción apenas rectificadas hasta la fecha; la impuso un escritor de la autoridad intelectual y del predicamento de Groussac, y la compartieron personalidades de verdadero talento. En unas páginas juveniles el ilustre crítico arremete contra ese trabajo; intenta deshacerlo. Echeverría sería un eterno discípulo; jamás piensa con cabeza propia. Como Groussac se excusa un tanto del brío mozo de sus palabras, se podría creer que, años después, serenaría su juicio. Pero no sólo no procede a una revaloración del *Credo* sino que ratifica aquella sentencia enteramente arbitraria y falta de ponderación. En una llamada, antes bien la agrava: Si se quitara del Dogma todo lo que pertenece a Lammenais, Leroux, Lerminier, Mazzini e *tutti quanti*, sólo quedarían las alusiones locales y los solecismos".

liar <sup>(22)</sup>. Puede decirse, en cambio, que tal cosa no ocurrió, por lo menos en ese grado de claridad, con la adaptación que se hizo del iluminismo, conjunto de doctrinas que, a pesar de que sirvió para producir los primeros y fundamentales pasos en nuestra vida independiente, haría cometer más tarde a voceros demasiado apegados al modelo considerables errores políticos y sociales <sup>(23)</sup>. En ese sentido, y quizá a manera de deslinde de responsabilidades, los románticos señalaron repetidas veces el hecho. "El partido unitario no tenía *reglas locales de criterio socialista*; desconoció el elemento democrático; lo buscó en las ciudades, estaba en las campañas", afirma Echeverría en pasajes de la *Ojeada retrospectiva*.

Con el romanticismo, por el contrario, las condiciones de pensamiento tributario se atenúan porque no falta cierta conciencia histórica y regional propia. Echeverría lo dice, cuando se empieza la discusión del *Código*: "Si hemos de hacer algo por nuestra patria, es preciso que nuestras ideas nazcan del conocimiento de la vida anterior, y presente de nuestra sociedad". Que existió esa voluntad de peculiaridad lo reconoce Gaetan Picón cuando dice: "El romanticismo americano, si bien se vincula con el europeo en la exaltación de la naturaleza, de lo original, de lo vírgen, en lo fantástico, lo novelesco, la aventura, el tema de la rebelión metafísica, ignora los caracteres que la tradición impone a Europa

(22) Repetidas veces se encuentra este concepto en Alberdi, Gutiérrez y Echeverría. De este último reproduzco: "¿Y qué hará, señores, ese genio predilecto? Beberá en las fuentes de la civilización europea, estudiará nuestra historia, examinará con ojo penetrante las entrañas de nuestra sociedad y enriquecido con todos los tesoros del estudio y la reflexión, procurará aumentarlos con el caudal de su labor intelectual para dejar en herencia a su patria obras que la ilustren y la envanezcan". *Primera lectura*, en *El Salón Literario*, op. cit., pág. 166.

(23) ECHEVERRÍA dice, en la *Primera Lectura*, aludiendo sin duda a Rivadavia: "Veálos, digo, abogando con calor, al parecer, la causa del pueblo, cuando sólo defendían obstinadamente las opiniones falibles de un hombre cuyas doctrinas eran el resultado del examen filosófico de hechos históricos de otras naciones o sistemas abstractos concebidos por la razón europea". *El Salón Literario*, pág. 162.

y se abre a problemas personales" (24). Digamos, de paso, que esta sensibilidad a lo particular engendra, a la larga, las formulaciones del moderno nacionalismo, por un lado porque los románticos son los primeros que tienen una idea de lo nacional como síntesis de forma jurídica más contenido histórico y por otro, en tanto la generación del 80 resulta la realizadora de los planes del 37 y el nacionalismo ortodoxo surge del liberalismo roquista y de su problemática, no siendo la reivindicación rosista más que una temática de sus formas más agresivas.

El impulso por señalarse con las peculiaridades históricas, por llevar al terreno de la expresión el sentimiento de originalidad de su circunstancia —que se liga a un profundo mecanismo de la conducta romántica— es el primer paso para entender la adecuación que pudo haberse realizado en nuestro medio de la doctrina romántica. Pero el siguiente, que hemos insinuado más arriba, es que la adecuación efectivamente se realizó, a diferencia de lo que ocurrió con el Iluminismo. Veamos cómo se establecen las relaciones.

Es cierto que hacia 1810 nuestra burguesía sintió la necesidad de emanciparse, tal como había ocurrido en Alemania hacia la época del "Sturm und Drang" o en Francia hacia 1789. Los datos concretos diluyen, sin anularlo, este paralelismo. A saber, la burguesía europea está prácticamente en la madurez de sus posibilidades cuando se levanta contra la opresora nobleza; en cierto sentido, no le queda otro camino que la toma del poder para no perder inútilmente sus fuerzas: siente con lucidez y energía el contenido histórico de su levantamiento; en 1810, por el contrario, nuestra burguesía, compuesta por ganaderos y comerciantes, empieza tan sólo a manifestarse, apenas está en condiciones de expresar necesidades inmediatas y reivindicaciones elementales, que no bastan para representar un estado de ánimo muy definido desde el punto de vista de su constitución como clase (25). Por otra parte,

(24) GAETAN PICON, *Le romantisme*, en *Histoire des Littératures 2* Gallimard, 1956, pág. 146.

(25) *La Representación de los hacendados* y, en general, las solici.

la lucha de clases se da también con un sentido diferente: mientras que en Europa una clase, la burguesía, enfrenta a otra y en ese encuentro logra corroborar sus propósitos nacionales, en la Argentina se opera lo previo a ese enfrentamiento, es decir tan sólo la ruptura de una relación colonial cuya primera consecuencia no es más que el esbozo de un impulso nacional que para realizarse necesita, justamente, diluir los límites clasistas en una obligada exaltación general (26). Por otra parte, la burguesía europea crece dentro de una homogeneidad que se venía preparando durante siglos; la nuestra en cambio, necesita más de ochenta años a partir de 1810 para reunir sus diversos estratos y constituir con ellos un haz de intereses e intenciones comunes (27). Los ganaderos porteños, por ejemplo, no aceptaron la integración con los del interior; por su parte, el comercio de la capital detestaba fervorosamente a las artesanías locales que, aunque mínimamente, le disminuían mercado interno para los productos importados y aún re-exportación a los países limítrofes. La burguesía europea, que actúa, como hemos visto, muy unitariamente, recurre al racionalismo iluminista con el fin de provocar su ingreso en su propia ideología que es el romanticismo, se vale del iluminismo

tudes de libertad de comercio, son los balbuceos de la naciente burguesía criolla, reclamos de cuya trascendencia histórica quizá no haya sido muy conciente, por lo menos en el momento de formularlos. En su *Segunda Lectura*, Esteban Echeverría (*El Salón Literario*, pág. 173) señala: "Verdad es que los campos y haciendas han tomado después de la Revolución un valor infinitamente mayor que el que antes tenían, merced a la libertad de comercio...". Esta cita nos permite apreciar cómo los hechos que hacen a la madurez y conciencia de la burguesía son posteriores a aquellas formulaciones.

(26) ALBERDI, en su *Crónica Dramática, La Revolución de Mayo*, pone en boca de Vieytes las siguientes palabras: "Eramos esclavos; ahora somos libres. Eramos un rebaño de carneros; ahora somos una nación soberana. Eramos siervos los unos, amos los otros: hoy somos todos iguales y hermanos". Juan Bautista Alberdi, *La Revolución de Mayo, Crónica Dramática*, Córdoba, 1960, pág. 69.

(27) Ponemos la época de Roca como aquella en la que, después de duras luchas, la burguesía argentina se empieza a sentir homogénea. Poco después de este triunfo, empezará, esta vez en conjunto, a reaccionar contra nuevos enemigos: la clase obrera, pero más aún la pequeña burguesía de origen inmigrante.

y de sus contradicciones pero en realidad sus apetencias de fondo repugnan al iluminismo en su conjunto. En cambio, nuestra incipiente y estratificada burguesía, que también cumple con el primer paso, la adhesión al iluminismo, no engendra de sus consecuencias nada nuevo en reemplazo. Además, si bien no encuentra una doctrina original —cosa por cierto difícil— también rechaza las que vienen en lógica secuela de Europa. Por eso, cuando vuelve Echeverría de Francia trayendo una buena nueva que sólo recogen algunos intelectuales, aquellos a quienes les convenía recibirla —la burguesía criolla— quedan indiferentes durante muchos años.

Además de estas relaciones entre Iluminismo y romanticismo europeo y argentino, otra cosa que hay que señalar es que el romanticismo llega a la Argentina cuando en Europa están prácticamente a punto de caducar sus principales premisas estéticas e ideológicas<sup>(28)</sup>. Este hecho nos pone en la pista de los principales rasgos distintivos que el romanticismo asumió aquí y que me parecen confirmados por la exasperante lentitud con que se fue invirtiendo o variando la relación primera, revolucionaria, entre burguesía y pensamiento.

Si en la conformación de su ideología, la burguesía argentina actuó con ese margen de peculiaridad frente al proceso europeo, si nuestro romanticismo tuvo algunos caracteres propios, como quiere Gaëtan Picón, cabe preguntarse si los románticos argentinos se hicieron cargo de la contradicción que venimos persiguiendo, si asumieron o, por el contrario, transformaron la flagrante convivencia entre lo progresista y lo salvaje que en Europa se resolvía, como se ha señalado, en el orden del subjetivismo de la libertad por un lado y de un plan de ocupación expansionista del mundo por la otra parte.

Una primera respuesta puede tener en cuenta dos términos ya anotados como singulares: por una parte, el tributo probable al modo europeo de resolver la contradicción y, por otra, la auto-

(28) Ver nota 10 de este trabajo.

nomía de desarrollo, y, por lo tanto de objetivos, que tuvo relativamente el movimiento romántico en la Argentina. De este modo, desde el punto de vista del primero de los términos, si los románticos hubieran seguido esos presuntos impulsos tributarios, habrían tenido que encontrar que las pampas, por ejemplo, representaban ese ámbito propicio para los héroes byronianos, el campo de acción más adecuado al deseo de soledad y de primitivismo que perseguía a los prestigiosos poetas europeos. Y con las pampas todo lo demás, incluido Rosas como necesaria y evidente realización humana de un conjunto de ideales románticos sólidamente probados. Y por consecuencia habrían predispuerto sus espíritus para que tanto la pampa, en su estado actual, como Rosas en su significado continuaran inalterados e inalterables, al servicio de las potentes burguesías europeas que, por su lado, proporcionaban la base real a tan poéticas aspiraciones de vida. Pero en la realidad tal cosa no ocurrió en virtud, justamente, de la presión del segundo término anotado, la autonomía de desarrollo del movimiento, necesidad bien interiorizada por hombres como Echeverría, Alberdi y Gutiérrez, entre muchos otros.

En suma, que hubo un rechazo a la posibilidad de sujeción mental a lo europeo, pero no fue en todo caso una actitud unilateral o un proyecto concebido en una sola línea, libre de ambigüedades. Por de pronto, existen muchos matices que pueden hallarse en la evolución de la actitud y la sensibilidad de Echeverría. Recordemos uno de los párrafos de Farinelli citados antes: "Y si durante un tiempo aquí en la Argentina se tuvo una predilección viva por Byron, por cierto que se pensaba en el ideal byroniano de una tierra vírgen, libre de las desventajas de la civilización, de acuerdo con la realidad de las grandes y libres y silvestres expansiones de la propia tierra, la tierra de las "pampas", en las que *Mazeppa*, el héroe byroniano, hubiese encontrado campo abierto".

Debe descontarse que Echeverría era uno de los que sentía dicha predilección, sobre todo por que introdujo en la Argentina

el culto por los románticos. De tal manera que si al irse a Europa imaginaba, de acuerdo con el pensamiento rivadaviano al cual por formación y admiración era muy afecto, que las tierras ocupadas por el indio debían ser rescatadas y cultivadas, al volver, siguiendo el gusto tan byroniano, debía considerarse feliz por tenerlas a mano, por toparse casi a la salida de Buenos Aires con la presencia perturbadora de lo incivilizado, de lo abrupto y primitivo. Sin embargo, sin temor a forzar los hechos podemos suponer que no se consideró tan encantado. *La Cautiva*, su primer obra madura y dirigida localmente, ofrece el testimonio de una apreciación compleja del ambiente. Por un lado, el poeta da paso a impresiones que halagarían el gusto romántico al describir con términos grandiosos, exaltativos, la naturaleza circundante. En tal cuadro, cuando ubica a sus héroes en paisajes adecuados a su estado de ánimo, pone efectivamente en movimiento el típico concepto de la naturaleza como desdoblamiento del yo, característico del romanticismo; por otra parte, este primer byronismo, mejor dicho este esquema de byronismo, se confirma en la conformación y estructura de los protagonistas: *Brian y María* expresan permanentemente un punto de vista culto sobre la realidad que los rodea, con lo cual, como los héroes de Byron, revelan que no son primitivos sino que prefieren, tan sólo, por una decisión que nada tiene que ver con su condición ni con sus concepciones vitales, lo primitivo<sup>(29)</sup>. Pero aquí se presenta una variante fundamental. Contrariamente a lo que ocurre con Mazeppa, el héroe culto de Echeverría no está cómodo en el escenario salvaje: cada uno de los elementos que teóricamente debían integrar un tipo de vida libre lo hiere hasta la muerte. Si la naturaleza es desdoblamiento, para Echeverría lo es del dolor; nunca brinda regocijo: el alma

(29) LUIS JUAN GUERRERO, op. cit., pág. 23: "A menudo sólo con- siguieron, al decir de un crítico, "vestir con las plumas del indio y el chiripá del gaucho a los héroes sentimentales de la novela o del poema romántico europeo, convertidos al fin de tanto manejo libresco en meros títeres literarios convencionales, sin vida propia". Guerrero se refiere precisamente a *La Cautiva* pero no indica quien es el crítico. De todos modos, este juicio corrobora la idea que estamos desarrollando.

romántica parece comprometida gravemente en esta formulación tan unilateral o extrema. Estos datos sirven a Echeverría para insinuar un problema cultural arduo, vale decir, la posibilidad de que ese ámbito natural, sagrado para el espíritu romántico, sea en realidad el refugio de un atentado permanente contra la cultura, constituya una grave amenaza contra la civilización y un riesgo contra el triunfo de la misión de rescatar el fondo de la naturaleza atribuible al romanticismo. Embrionariamente, *La Cautiva* contiene los postulados del *Facundo* sobre todo en este aspecto: en una como en otra obra, entre hombre y naturaleza, entendiéndose por hombre el tipo que Echeverría y Sarmiento representan, y por naturaleza el desierto o la pampa tal como son, no hay posibilidad de integración.

Pero, ¿por qué esa variante de la primera inclinación del byronismo? En el segundo aspecto, en el de la consagración a lo culto, no había ninguna dificultad para Echeverría y sus amigos: tan cuidadosos eran del progreso de las ciudades que llegaron a configurar las primeras normas orgánicas, pensadas, que se conocen en el país para obtenerlo<sup>(30)</sup>. En cambio, a través de *La Cautiva*, hemos observado que se da cierto tipo de repugnancia al primitivismo naturalista hasta el punto de insinuarse una simplificación argentina del esquema romántico: los argentinos son tan "cultos" en las ciudades y quieren tanto su progreso y desarrollo como los Lamartine, los Hugo, etc., pero en cuanto a "las tierras vírgenes", la tierra de las "pampas" interminables, que están dentro de los límites de sus países en realidad no sólo no se dejan seducir por ellas, como puede haberles ocurrido a los europeos, sino que las describen o las imaginan como una zona en la que corren grandes riesgos y aún naufragan los propósitos más universales de la civilización.

(30) En la discusión del *Código*, ECHEVERRÍA dice: "Nosotros pretendemos realizar, obrar sobre las masas, regenerar nuestra sociedad, y necesitamos por lo mismo conocer a fondo nuestras necesidades, satisfacerlas y cooperar al desarrollo normal de su vida".

Y si se rompe el esquema es porque Echeverría, entre otros, entendió que el romanticismo no era una expresión abstracta, puramente espiritual, sino que debía configurarse aquí como se había configurado allá, es decir teniendo en cuenta los datos de la realidad, empezando por los históricos<sup>(31)</sup>. Por eso, *La Cautiva* no es una obra insignificante; por el contrario, desde hace tiempo se viene diciendo, con razón, que es una obra inaugural porque introduce en la literatura argentina temas propios con una perspectiva igualmente propia. No se estima, también con razón, su lenguaje, ni se considera importante su formulación dramática<sup>(32)</sup>; en cambio, nadie niega que haberse manejado con temas como el desierto, el pajonal, el indio, el malón y tantos otros tiene un gran valor en muchos planos de análisis. En este aspecto nos detendremos particularmente. Hay diversas valoraciones de este aporte de Echeverría. Para algunos, esta ocurrencia del poeta obedece a una intuición nacionalista ayudada por su conocimiento de las zonas marginales del país; para otros, se trata nada más que de una aplicación, en nuestra literatura, de la idea romántica de color local, lo cual requeriría ciertamente una gran valentía. Hay otro argumento, además, muy evidente pero no muy considerado, esto es que dichos temas no sólo eran literarios sino que reflejaban realidades inmediatas, espesas y acuciantes, problemas muy vinculados entre sí y de naturaleza claramente económica y política. Así, por ejemplo, en cuanto al indio, desde la expedición de Andrés García en 1811 a las Salinas Grandes hasta el 79, año de la campaña de Roca, es una preocupación constante además de un lugar común en la crónica o en la conversación; y

(31) "Pero no de la verdad abstracta sino de la verdad que resulte de los hechos de nuestra historia, y del conocimiento pleno de las costumbres y espíritu de la Nación". *Primera Lectura, El Salón Literario*, pág. 167.

(32) Salvo que se tengan en cuenta las apoloéticas excusas de Nydia Lamarque (*Echeverría, El Poeta*) o de Alberto Palcos, op. cit.. En cambio, Augusto Raúl Cortazar, en *Echeverría, iniciador de un rumbo hacia lo nuestro*, Peuser, 1946, pág. XIX: "Se ha repetido con acierto que hay en Echeverría más un teórico que un literato, que más se le debe al propósito que a la realización, que vale por lo que difundió y no por lo que produjo".

esta preocupación se refiere, en el transcurso de este tiempo, por lo menos a los siguientes objetivos: conservar los establecimientos ganaderos al abrigo de las depredaciones, anexar las tierras incultas para la expansión capitalista de la burguesía agraria, establecer medios de comunicación seguros para llevar a la capital los productos del suelo. Pueden llamarse a estos fines con nombres tales como civilización, evangelización, o lo que sea, pero de hecho corresponden, cuando se expresan, a las paulatinamente mayores aperturas de la burguesía nacional sobre sus necesidades y sobre las exigencias emergentes de la posibilidad de su mayor inserción en el ámbito de la burguesía europea. Demás está aclarar el grado de conexión que tiene el problema del indio con el de propiedad de la tierra, con el de las comunicaciones y aún por lógica secuencia, con el de la subsistencia o renovación de estructuras políticas y sociales tradicionales.

En cuanto a Echeverría, dos son los caminos por los cuales llega a producir este original y eficaz ensayo poético que es *La Cautiva*. El primero se refiere a su propia situación personal. Suele decirse que cuando se sentía deprimido o melancólico se retiraba a la estancia Los Talas, tenida en enfiteusis por su hermano. El establecimiento quedaba cerca de Luján, zona visitada por indios hasta antes de la expedición de Rosas. De este modo, pudo sentir qué podía significar, desde el punto de vista del estanciero bonaerense, la proximidad del salvaje al mismo tiempo que podía reconcentrarse en un paisaje y en un tipo de hombres susceptibles o merecedores de ser elevados a la jerarquía de mitos.

Pero el otro argumento es quizá más eficaz. Como miembro, aunque colateral, de la burguesía pecuaria pero al mismo tiempo como mentalidad ideológica de origen burgués ciudadano, Echeverría trató de organizar un pensamiento que respondiera a las necesidades de su clase<sup>(33)</sup>. *La Cautiva* es una parte, la estética, de una

(33) ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Segunda Lectura, El Salón Literario*, pág. 172: "No bastan, pues, las necesidades para que la industria progrese; se necesitan también otros resortes, otros elementos para agrandarla y vivificarla. Estos medios son los brazos, los capitales y el espíritu de asociación".

preocupación por lo económico y social expresada luego en las *Lecturas* del "Salón Literario" y en otros trabajos. De sus manifestaciones parece surgir que Echeverría sintió quizás menos la opresión de la tiranía de Rosas en un sentido político que no interpretara las necesidades nacionales y aislara, estancándolo, al país<sup>(34)</sup>. Lo contrario, lo inteligente, hubiese sido conectar al país con el mundo civilizado para lo cual su clase dirigente debía tener un plan, debía manejarse con una idea precisa del progreso. Conectarse significaba, en nuestra moderna terminología, penetrar en la órbita capitalista y recibir lo antes posible los beneficios emergentes de su desarrollo técnico, lo que Sarmiento llamaría "civilización", lo que comunmente se entendía por "el progreso", el cual recaería sobre nuestro país modificando todas sus pautas<sup>(35)</sup>. Desde luego, no se sospechaba —no se estaba en condiciones de sospechar— que las vinculaciones concertables podrían a la larga someter al país, porque se tenía una idea un tanto imprecisa de la posición del hombre dentro de la eficiente organización europea y, porque fundamentalmente no existía todavía un aparato conceptual para examinar esta clase de relaciones<sup>(36)</sup>.

(34) ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Ojeada retrospectiva, Antecedentes*, pág. 161: "Hombre afortunado como ninguno, todo se le brindaba para acometer con éxito esa empresa. Su popularidad era indisputable; la juventud, la clase pudiente y hasta sus enemigos más acérrimos lo deseaban, lo esperaban cuando empuñó la suma del poder; se habría reconciliado con él y ayudádole, viendo en su mano una bandera de fraternidad, de igualdad y de libertad". Estas tres consignas liberales eran la traducción política de un plan de progreso nacional civilizado, esto es, ligado al desarrollo inteligente del mundo.

(35) JUAN JOSE SEBRELI, *Historia argentina y conciencia de clase* Perrot, 1957, ver Cap. II y III.

(36) Si bien los románticos incurrieran en esa deficiencia, no por eso Rosas tenía bien claros puntos de vista frente a Europa. En tal sentido, hace notar Sebrelí, op. cit., pág. 33: "El aislamiento y el atraso en que se mantenía al país no debemos buscarlo en el misoneísmo ni en la xenofobia de Rosas, como pretenden los psiquiatras de la historia, sino en el hecho mucho menos pintoresco de que, con el descubrimiento del mercado americano ya no se necesitaba más depender de Europa y quedaban reducidas al mínimo las necesidades de industrialización de productos destinados al consumo poco exigente de los esclavos".

JULIO IRAZUSTA, *El federalismo de Rosas*, en *Revista de Historia* N° 2, 1957, sostiene la tesis contraria: "En consecuencia, las provincias

De ahí que en realidad, no haya habido una hostilidad conceptual muy definida contra Rosas, sobre todo en el comienzo de su "tiranía" y aún hasta 1838. Antes bien, se generalizó entre los jóvenes adoctrinados por Echeverría un entusiasmo bastante crecido acerca de la posibilidad de constituirse en grupo intelectual del representativo tirano. Eso puede verse muy bien en los escritos del "Salón Literario" y en muchas otras publicaciones. Puede leerse entre líneas en trabajos de Alberdi, que fue el más decidido sostenedor de esta idea. Echeverría fue más reticente, pero su frialdad puede atribuirse a una dosis mayor de realismo, a una comprensión más cabal de los términos en que se movían tanto Rosas como él y sus amigos<sup>(37)</sup>. Si fuera lícito manejar el concepto de intuición histórica, cabría atribuírselo a Echeverría, en cuyos planteos, en suma, con todas sus imperfecciones e incongruencias yacen las principales formas de la Argentina moderna. Pero tampoco es cuestión de aceptar sin más esa inspiración sino que se trata de encontrar razones, o presuntas razones objetivas para explicar su conducta. En primer lugar por lo dicho queda descartado que Rosas fuera un protagonista cálidamente romántico de un apasionado "color local"; la vertiente culta del byronismo rechazaba esta interpretación melancólica; en segundo lugar, Rosas era un estanciero bonaerense, tanto casi como el propio hermano de

agradecieron el fomento de la industria local, resultante de dicha ley (de aduana), y una de ellas dijo que "ningún gobierno de los que han precedido al actual de Buenos Aires, ni nacional, ni provincial, ha contraído su atención a consideración tan benéfica y útil a las provincias interiores". El proteccionismo iniciado por Rosas con su ley de aduana, fue consolidado por los bloqueos que se siguieron, de 1838 a 1840 y de 1845 a 1847. Al cabo de tres lustros, el país importador de harina extranjera (lo que Ferre consideraba degradante), era exportador de cereales en 1850; y había desarrollado sus industrias hasta un nivel apenas estudiado hasta ahora por Ramos Mejía e investigadores más recientes, pero que sin duda fue, proporcionalmente, superior al de la época posterior, en que la apertura incontrolada del país a la importación extranjera lo hizo retrogradar hacia la economía pastoral".

(37) "Si Rosas no fuera tan ignorante y tuviese un ápice de patriotismo en el alma, si hubiese comprendido su posición, habría en aquella época dado un puntapié a toda esa hedionda canalla de infames especuladores y de imbéciles beatos que lo rodea", dice Echeverría en la *Ojeada Retrospectiva*.



Echeverría y, además, tan hábil político como para confundir la ideología de todos sus colegas hasta obtener un apoyo nunca visto. Representante, pues, de la pujante burguesía territorial bonaerense (37 bis), Rosas tenía en sus manos la posibilidad de cumplir con el plan de integración con el mundo, que su clase necesitaba para su expansión, pero no lo hizo. Rosas pareció bastarse a sí mismo con el tipo de producción que alentaba especificada aun más en el saladero y en el tasajo, cerrándose a considerar a la burguesía portuaria o a las burguesías artesanales del interior, tan posibles para resolver los problemas o las necesidades nacionales, como el grupo que él encabezaba. Quizás, en el fondo, lo que hay es que Rosas desplegó un aparato excesivo para defender intereses verdaderamente restringidos que al ser sostenidos tan arbitrariamente se convirtieron en un peso muerto desde el punto de vista de la evolución dinámica de nuestra economía. Otra consecuencia de su escasa perspicacia y su paralela dureza, es que no comprendió el papel histórico que, por cierto, le cabía. Tanto es así que su campaña al desierto, eficaz, sin duda, no tuvo otro sentido que asegurar y enriquecer más aún a la provincia de Buenos Aires —más aun, a los terratenientes-saladeristas— dejando sobre las otras la amenaza permanente, el problema no resuelto, aunque ello no enfriara la adhesión a Rosas de los caudillos del interior (38). Rosas pensaba en porteño, pero eso no bastaba ni a los

(37 bis) JACINTO ODDONE, *La burguesía terrateniente argentina*, E. P. A., 1956, p. 37: "Así se inició, bajo los primeros gobiernos patrios, la política de la enajenación de la tierra pública, que se intensificó después cada vez en mayor escala, con excepción del período 1822-1829, en que la ley prohibió su enajenación."

Naturalmente esa política, aún cuando hubiera dado los resultados que se buscaban y aun cuando hubiera sido más intensa, no habría podido influir mayormente en el cambio de régimen de la propiedad, si se considera lo vasta que era la campaña aun inculta e inexplorada que permanecía bajo el dominio del Estado. Sólo los hechos posteriores, resultantes de las ideas burguesas de los gobernantes, del derroche, de la especulación financiera del Estado, cambiaron la marcha de las cosas y precipitaron el país hacia la vorágine de la especulación, dando nacimiento y arraigo a la "clase" de los propietarios del suelo; a la burguesía terrateniente".

(38) JUAN JOSE REAL, *Notas sobre Caudillos y Montoneras*, Revista

mismos porteños. De ahí las diversas conspiraciones por un lado y su caída cuando se comprende definitivamente la necesaria unificación de la burguesía o, por lo menos, cuando algunas burguesías del interior empiezan a pensar en sus propias posibilidades en relación con el mundo exterior (39). Los medios técnicos, vigentes en Europa, pero más vívidamente la idea y la necesidad del propio desarrollo, dejan atrás la estructura arcaica del feudo rosista y exigen una adecuación a la que Rosas se niega en función de su mentalidad porteña y su sensibilidad a los requerimientos de los terratenientes y ganaderos de su provincia.

La oposición de Echeverría contra Rosas se debió, seguramente, a un análisis similar a este, por lo menos a una sensibilidad que tuviera en cuenta estos hechos. La prueba está en las constantes apelaciones de Echeverría a los "sectores" o clases que componen la vida nacional y a los cuales debe darse el lugar correspondiente. Así, dice en la *Ojeada*: "Era obvio que debía ser representada la propiedad raíz, la inmueble, la mercantil, la industrial, la intelectual..." refiriéndose al sufragio o a la capacidad de representación.

En el concepto del poeta, de tan nítida tendencia integradora, Rosas debía crear las condiciones para universalizar el país unificando la clase —en sus términos más amplios— a la que

de Historia N° 2, 1957, pág. 69: "Pero admitamos por un momento el esquema federal: fracasadas las tentativas monárquicas, el partido unitario se propone hacer "la unidad a palos". Pero el programa de Rivadavia debiera resultar algo más que el desideratum para el federalismo. Veamos: Buenos Aires tiene el puerto y la aduana, Rivadavia los nacionaliza; Buenos Aires tiene el Banco de descuentos, Rivadavia lo nacionaliza; propone dividir el territorio en dos provincias pasando una de ellas, con la ciudad, a ser capital de la Nación. ¿Qué más podía hacerse contra la odiada capital porteña? Pero este plan levantó las más enconadas resistencias y de nuevo el autonomismo porteño, obrando de consumo con los caudillos del interior, dió al traste con el intento nacional de Rivadavia. A la nacionalización de la Aduana sucedió el monopolio de Rosas. Pero entonces los caudillos se sintieron muy cómodos con su exclusión del goce común de las rentas".

(39) JUAN JOSE REAL, op. cit., pág. 70 y sig., analiza los desastrosos efectos que sobre las provincias provoca el "sistema restrictivo" de aduanas interiores así como el de la emisión de moneda, que no se corresponden al proteccionismo impuesto por Rosas.



pertenecía. Al encastillarse en su sector, basado en la creencia de que no necesitaba pensadores, se concita la decidida enemistad del grupo romántico, que contempla, en el tiempo, cómo se van confirmando sus puntos de vista, se realizan sus esquemas y se va llegando a los resultados consecuentes de su idea sobre el país, su riqueza y su organización.

Ahora bien, un poco más arriba insinuamos que en la mente romántica no podía caber la sospecha de que lo que ellos entendían como una buena vinculación con países extranjeros podía implicar el establecimiento de alguna forma de dependencia. Se juzgaban las relaciones en términos abstractos, de mero respeto cultural, tal como lo evidencian las controversias de 1838 acerca de la intervención francesa contra Rosas<sup>(40)</sup>. Hombres como Echeverría, Sarmiento y Alberdi propugnaban decididamente el apoyo francés oponiéndose al criterio de los unitarios que, más cautamente, hubieran preferido arreglárselas solos, sin que esto significase, desde luego, más que una voluntad de autonomía referida a un solo y episódico aspecto de las relaciones entre Argentina y Europa. Los románticos calcularon que una invasión francesa sería calificativa, es decir que se limitaría a desalojar del poder a los "bárbaros" y a colocar en él a los hombres imbuídos de las ideas filosóficas vigentes en Francia, consideradas y sentidas como universales. No suponían que tal vez Francia tuviera otras intenciones o, por lo menos, que esta colaboración francesa tenía por objeto dar cauce a ciertas necesidades muy concretas en su desarrollo económico<sup>(41)</sup>. Esta superficial descripción de la actitud

(40) ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Ojeada*: "Pero los jóvenes redactores del "Nacional", que profesaban diversas doctrinas; que creían que el género humano es una sola familia y que nadie es extranjero en la patria universal, porque la ley cristiana de la fraternidad es el vínculo común de la familia humana, cuya patria es el Universo; que hay alianza virtual entre todos los pueblos cristianos tratándose de propagar y defender los principios civilizadores, y que los emigrados argentinos debían considerarse, por lo mismo, aliados naturales de la Francia o de cualquier otro pueblo que quisiera unirse a ellos para combatir al despotismo bárbaro dominante en su patria...".

(41) JUAN MARIA GUTIERREZ, *Letras Argentinas, Noticia sobre el poeta don Esteban Echeverría*, Jackson, 1929, pág. 184, transcribe el

pro-francesa de los románticos nos remite otra vez a nuestro tema. La burguesía francesa, corroborando la necesidad de espacios exóticos de sus poetas, hubiera querido instalarse en nuestras libres y grandes pampas, tal como años antes quiso hacerlo la inglesa<sup>(42)</sup>. Comprensivos, nuestros ideólogos hubieran acatado quizá este designio hasta sus últimas consecuencias, justificándolo con la presencia del tirano, pero reservándose desde luego ciertos resortes dentro del plan de rescate de lo nacional en el cual introducían, paradójicamente, la intervención francesa, aunque por cierto sólo en un sentido liberador. Esto significa que frente a la apatía de espacios de la burguesía francesa, nuestros románticos formulaban una variante en un diálogo que no era demasiado explícito. El matiz ofrecido se refería al logro de una conexión que se manejara sólo en los niveles superiores del intercambio y nada más que allí. Esta conclusión no es favoritista: toda Europa, y para Sarmiento también los Estados Unidos, podría ser el término de la vinculación y no sólo Francia, pero tampoco sólo Inglaterra, como entenderían y practicarían más tarde los realizadores positivistas de las ideas románticas. Esta reflexión, que conjeturo pudieron hacer los románticos, era higiénica porque permitía el goce de cierta independencia nacional, posterior al criterio de desarrollo total del país y limitada necesariamente por él. Según este criterio, había que civilizar primero las zonas salvajes, ordenarlas y organizarlas al servicio de una producción que nos permitiera estar en contacto con los países europeos para recibir todos los beneficios de la cultura y el adelanto del mundo. Como se puede advertir, curiosamente, gracias a un plan articulado con las

manifiesto que con su vecino Gutiérrez lanzara Echeverría en Luján poco antes de exiliarse. "5º Que la Francia es nuestra verdadera amiga, nuestra generosa aliada en la reconquista de la libertad argentina".

(42) S. SAMUEL TRIFILO, *La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810-1860*, Gure S.R.L., 1959, pág. 29: "Sus esfuerzos (los de Miranda) no fueron vanos; amigos influyentes comenzaron a abogar por su causa y los magnates industriales como John Turnbull, Alexander Davison estaban dispuestos a ayudar a Miranda porque tenían productos que podían ser vendidos en Sudamérica". Este pasaje antecede la descripción de las "Invasiones Inglesas" y trae como referencia la siguiente ficha: Joseph F. Torning, *Miranda: World Citizen* (Gainesville, 1952).

necesidades europeas, nuestros románticos llegan a una postura de rescate de las tierras vírgenes y salvajes; como los europeos, quieren ser cultos y progresistas en sus propios países. Esta salida permite que se evadan de las pretensiones ocupacionistas y colonialistas de la burguesía europea aunque admitan la penetración.

Este esquema, sin embargo, no traía novedades esenciales en cuanto a la conformación del país. De acuerdo con él, el país no se modificaba gran cosa en su estructura; simplemente se ordenaba de acuerdo a objetivos nuevos, más claros y universales. El puerto (o los puertos), como punto de encuentro entre el país y los barcos, seguiría recibiendo por un lado el flujo de la producción, y por otro, establecería el contacto deseado. A las pequeñas burguesías provincianas no les quedaba otra alternativa que adecuarse a este objetivo; de lo contrario no podrían fundirse en la gran burguesía nacional, causa santificada por las leyes del progreso y la civilización.

La negativa, la tardanza o la imposibilidad de encontrar formas prácticas o justas para integrarse, que por un lado explica las guerras civiles, indica también el relegamiento del interior, en la medida en que la gran burguesía nacional volvió a unificarse junto al interesante y atractivo puerto y no distribuyó los beneficios de sus nuevos puntos de vista.

Los románticos no quisieron tal vez que esto se produjera, pero en su plan de integración en torno a la idea de vuelco hacia el mundo exterior, no pudieron evitar que la campaña, es decir que el interior, fuera constreñido a cumplir un papel de servicio, porque otra cosa no podía esperarse ni podía ser. Esta consecuencia puede extraerse de la siguiente frase de Echeverría, leída en "El Salón Literario": "Si carecemos de estos indispensables elementos para promover con suceso esos géneros de industria, debemos aplicarnos a fomentar aquellos que existen ya y han tomado tal incremento: tales son, la industria agrícola y el pastoreo".

Como vemos, la aplicación de valores prestigiosos a una realidad que se resiste y se mueve según otro tipo de leyes en que

han incurrido los románticos engendra este tipo de desajustes y provoca estas injusticias o mejor dicho estos desniveles históricos. La conclusión es más ética que política, lo cual no nos impide considerar, recapitulando, los términos en que se apoya. En primer lugar, si por un lado, al pretender civilizar las pampas contrariando el mito byroniano, los románticos opusieron una barrera ideológica y estética a la pretensión imperialista (con disfraz romántico) de las burguesías nacionales europeas, por el otro, al magnificar la incidencia de la cultura, concibieron la economía nacional en función de las necesidades del mundo, y, por ello, alentaron el ingreso del país a la órbita capitalista sin las precauciones que a tal decisión deberían haber acompañado. De aquí se desprende que identificaron con el interior el ámbito de lo no ciudadano, de todo lo que de una u otra manera era lo no civilizado. Permitieron —en las consecuencias de su teoría, desde luego— que el interior fuera sometido a la ciudad en la medida en que situaban en ésta el reino del espíritu y en aquél la residencia de la barbarie. Es decir que la convivencia entre lo culto y lo salvaje, que nos llamaba la atención, fue resuelta escindiendo el país. Nuestros románticos, como vemos, se hicieron eco de una contradicción que a los europeos les resultó fácil dirimir ya sea en el plano individual como en el de las perspectivas de sus países, pero cambiándole los términos y obteniendo consecuencias secundarias, matizadas y complejas.

Llega el momento de cerrar estas reflexiones. Al cabo de ellas hemos determinado que la convivencia entre elementos civilizados y primitivos, que aparece característicamente en la obra y acción de muchos románticos europeos, en especial Byron, se reproduce entre nosotros pero con importantes matices que hacen a la situación nacional. Que existan los matices —y esto parece indiscutible— es lo que permite afirmar que hubo adaptación inteligente y, más aun, que el romanticismo no fue una mera y servil repetición de fórmulas buenas para otras partes. Al contrario, muestra que ayudó a sus adeptos a advertir hondos procesos y a darles forma ideológica adecuada. El hecho de que aquellos a

quienes estaban dirigidas las formulaciones, y que desde el punto de vista teórico debían ser los más interesados, no hubieran querido o sabido oírlos, tal vez perjudicó al romanticismo pues al obligarlo a una lucha que no estaba en sus cálculos lo limitó en uno de sus recursos esenciales, la capacidad de interpretar datos y condiciones nacionales e internacionales que no eran invariables. Si Rosas, por ejemplo, hubiera aceptado de buen grado el pensamiento que le proponían los románticos aceptando la idea de la integración de la burguesía nacional sin dejarse arrastrar por las escasas miras de la ganadería bonaerense tal vez no se hubiera afirmado la penosa e histórica segregación entre interior y capital y se hubiera ganado mucho tiempo en este proceso de desarrollo armónico del país. Quizá, en esas condiciones, se hubiera podido enfrentar con éxito a las crecientes burguesías europeas, éxito que no se logró años más tarde, cuando ya no hubo más remedio que enfrentarlas. Nos referimos, desde luego, a la irrupción del imperialismo, cuyos propagandistas exageraron los temas románticos de la vinculación con el mundo ayudando así a que se lograra una deformación completa del país. Este hecho no sólo no niega la necesidad o intuición nacionalista de la generación del 37, sino que muestra que en ella, como lo hemos tratado de probar, están contenidos elementos que, sometidos a la presión del tiempo o de las circunstancias, conducen a la asfixiante falta de perspectivas nacionales que hace crisis en 1890 y pone en su lugar a los penúltimos herederos del 37.

Finalmente, cabe señalar que en el orden literario ocurrió algo similar. La perspectiva romántica pudo elevar a categoría la problemática nacional, precisamente porque no olvidó el aspecto civilizado de su doctrina que le ayudó a neutralizar, con formas cultas, los temas rudos y primitivos sobre los que ejerció su capacidad de rescate. En la consecución de ese objetivo —que era único— hizo orgánica la convivencia, creó un camino de acercamiento a la realidad y favoreció, por lo tanto, una idea de literatura nacional que, al no tropezar con inconvenientes como los que se le daban en lo político, pudo conservar su elasticidad y

crear las condiciones para que en ella se fueran sustentando casi todo lo que tenemos. Si vieron o no vieron los románticos nuestra realidad, o mejor dicho, cómo la vieron, es otro problema<sup>(43)</sup>, que no hace al tema de este trabajo. O, por lo menos, que no pone en cuestión sus objetivos.

NOE JITRIK

(43) RAQUEL WEINBAUM, *Los dos ojos del romanticismo*, en *Contorno* N° 5-6, 1955, demuestra que Mármol tenía una mirada para distinguir la realidad nacional, presente e inmediata, y otra para contemplar la realidad europea, alejada e intelectual, con sus correspondientes modos de expresarla. Se desprende un complicado mecanismo de asunción de una y otra realidad observada: lo que rechaza la conciencia de Mármol se impone al lector por la eficacia de su realización. Correlativamente, aquello que a Mármol se le ocurre paradigmático, ejemplificador o, simplemente bello, resulta falso, traído por los pelos, aburrido y falto de gracia. Echeverría participa de este esquema como que la imagen de los dos ojos le pertenece. Lo que vale de lo que hicieron es lo que implica a una realidad que juzgaban severamente pero que efectivamente transmitieron. En conjunto, este artículo permite ver algún mecanismo del trabajo romántico, el "cómo" a que aludimos en el texto.